Ed Wood

LA SANGRE SE ESPARCE RÁPIDAMENTE

Relatos pulp

CAJA NEGRA

Wood, Ed
La sangre se esparce rápidamente. - 1a ed.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Caja Negra, 2015.
272 p.; 20x14 cm.

Traducido por: Matías Battistón
ISBN 978-987-1622-38-2

1. Literatura Estadounidense. I. Battistón, Matías, trad. II. Título
CDD 813

Título original: *Blood splatters quickly. The collected stories*

© 2014 OR Books, por la selección y edición de la antología
© 2014 Bob Blackburn, por la Introducción
© 2015, Caja Negra Editora

Caja Negra Editora
Buenos Aires / Argentina
info@cajanegraeditora.com.ar
www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección editorial: Diego Esteras / Ezequiel A. Fanego

Diseño: Juan Marcos Ventura

Producción: Malena Rey

Corrección: Paola Calabretta

Impreso en Argentina / Printed in Argentina

INTRODUCCIÓN

Por primera vez en más de cuarenta años, los clásicos cuentos del cineasta de culto Ed Wood salen a la luz. Estas historias fueron escritas originalmente para llenar unas pocas páginas entre las fotos de mujeres curvilíneas –semidesnudas y en variopintas situaciones sexuales *softcore*– que poblaban las revistas eróticas de fines de los sesenta y principios de los setenta. En aquella época, Ed y su mujer Kathy estaban atravesando serias dificultades a la hora de pagar el alquiler, ganarse el pan y comprar el alcohol suficiente como para poder olvidar por un rato sus problemas e inyectar algo de diversión a sus vidas, que tanto se descarrilaron desde fines de los cincuenta hasta la muerte de Wood en 1978. Pronto se vieron obligados a cambiar una casa que les encantaba, pero que no podían pagar, por una serie de departamentos, primero en Burbank, y después una vez más en Hollywood, en lo que entonces era una zona muy peligrosa de la ciudad.

Ed empezó a escribir para el editor Bernie Bloom a fines del 68 o en el 69: cuentos, artículos –en general, sobre la industria del sexo–, y textos para acompañar las imágenes de las revistas porno de Pendulum Publishing. Su colaboración fue breve: Bernie

lo despidió por última vez en 1974, aunque más tarde reeditó algunos de sus relatos. En aquellos años, la industria pornográfica estaba empezando a mostrar escenas más explícitas, pero todavía no había llegado al *hardcore* puro y duro de películas como *Garganta profunda* o *Tras la puerta verde*. Ed Wood tenía sus propias manías sexuales. Era un conocido travesti –se hacía llamar "Shirley"–, y muchos de sus cuentos, artículos y libros hablan del travestismo y de distintos tipos de fetiches. De hecho, el primer film que rodó, *Yo cambié mi sexo*, también conocido como *Glen o Glenda*, ya ahondaba en esos temas.

La mayor parte de sus relatos toma elementos del género de terror, los westerns, los policiales y lo macabro, como casi todas sus películas. La diferencia es que aquí Wood contaba con apenas tres o cuatro páginas para plantear y resolver una trama que, además, debía tener algún sentido. Si lo lograba o no es algo que quedará a criterio de ustedes, los lectores.

Ahora bien, ¿quién era Ed Wood?

Edward Davis Wood, Jr. nació en Poughkeepsie, Nueva York, el 10 de octubre de 1924. Desde un comienzo le encantaron las películas de todo tipo, pero sobre todo los westerns melodramáticos protagonizados por William "Hopalong Cassidy" Boyd, Roy Rogers, Gene Autry y Buck Jones (el preferido de Ed), actores a los habría que sumar a Kenne Duncan, Roy Barcroft y Ken Maynard, quienes más tarde aparecerían en sus films. También era fanático del cine de terror, sobre todo las películas de Drácula del legendario Bela Lugosi, con quien Ed estrecharía una relación de trabajo y de amistad durante los últimos y difíciles años de la vida del actor húngaro.

Según la difunta esposa de Wood, su madre esperaba tener una niña, no un varón, y por eso solía ponerle vestiditos y cosas así. Ed mostró una marcada inclinación hacia el travestismo durante toda su vida, al igual que un persistente fetiche por la angora, tema que figura en muchas de sus obras. De hecho, le gustaba vestirse como su álter ego, "Shirley", mientras trabajaba en sus guiones cinematográficos y televisivos y en sus relatos pulp. Algunos de estos últimos integran este volumen.

Durante un período breve, Wood trabajó en un cine en Poughkeepsie. Tenía diecisiete años cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. Mintió sobre su edad para poder ingresar al ejército, y fue enviado como marine al Pacífico Sur. Combatió en Tarawa y las Islas Marshall, donde resultó herido. Lo condecoraron con la Estrella de Plata, la Estrella de Bronce y un Corazón Púrpura. Algunos dicen que usaba sostén y bragas debajo del uniforme. Es posible que sea una anécdota apócrifa, pero yo prefiero creer que es cierta.

Después de ser dado de baja en San Diego, llegó a Hollywood en 1947. Cómo lo hizo es algo que sigue siendo un misterio. Se rumorea que se unió a un circo ambulante, donde interpretó a una criatura "mitad hombre, mitad mujer" en el show de fenómenos. También es posible que haya trabajado como agente secreto del servicio de inteligencia estadounidense mientras participaba de una gira de Ice Capades, el espectáculo de patinaje sobre hielo. Ed siempre se mostró evasivo al hablar sobre ese período de su vida.

Después de mudarse a Hollywood, quiso ingresar a la industria cinematográfica. Escribió y produjo una obra de teatro basada en su experiencia militar llamada *The Casual Company*, que él mismo protagonizó. Los pocos críticos que se molestaron en verla la destrozaron. También hizo apariciones en un par de piezas más. Trató de llevar a la televisión una serie del Viejo Oeste, *Crossroads of Laredo*, que no despertó el menor interés en ningún productor. Dirigió un puñado de programas televisivos y creó varios comerciales genéricos, que tampoco tuvieron éxito. En 1952, Alex Gordon, su coinquilino (quien alcanzaría fama y fortuna como uno de los creadores de la American International Pictures, y colaboraría en el guión de un par de películas de Ed) le presentó a Bela Lugosi. Ed convenció a George Weiss, un productor de películas de bajo presupuesto, de que lo dejara escribir y dirigir lo que en un principio iba a ser un film sensacionalista sobre el reciente cambio de sexo de Christine Jorgensen. Por razones judiciales y financieras, el proyecto terminó convirtiéndose en una película

centrada en el travestismo y los tabús de la sociedad estadounidense, protagonizada por el incomparable "Daniel Davis", alias Ed Wood. Su novia, Dolores Fuller, interpretó a su prometida, y Bela Lugosi al sobrenatural "titiritero". Fue un fracaso, pero Ed no se dio por vencido. Su siguiente film, el drama policial *La cara oculta* (1954) tuvo igual suerte. Luego vino *La novia del monstruo*, en el que Bela Lugosi interpreta a científico loco decidido a crear una raza de superhombres para así dominar el mundo. Al final de la película, a Lugosi lo mata un pulpo gigante… y una bomba atómica. Lugosi falleció en 1956, después de participar en dos de los films más famosos de Wood, *Glen o Glenda* y *La novia del monstruo.*

Ed Wood usó póstumamente escenas ya rodadas de Lugosi en su película más famosa, *Plan 9 del espacio exterior* (1959) o, como Ed quiso titularla en un principio, *Los ladrones de tumbas del espacio exterior.* (El título fue modificado a pedido de la Iglesia Baptista de Beverly Hills, que había financiado en gran parte el proyecto; además, la Iglesia exigió que el elenco, los operarios y el resto del equipo de filmación fueran bautizados antes de empezar el rodaje, pero esa es una historia para otro día.)

Ed comenzó a rodearse de ciertas personas que, junto con Lugosi y Dolores, se transformaron en una suerte de elenco estable para sus películas y de compañeros de copas por las noches. El grupo incluía a Tor Johnson (luchador libre conocido como "El ángel suizo"), "El asombroso Criswell" (psíquico de televisión y amigo de Mae West), Paul "Kelton el policía" Marco, el olvidado cowboy Kenne Duncan, Conrad Brooks, Dudley Manlove, Valda Hansen, Maila "Vampira" Nurmi y varios más. En 1956, su novia Dolores lo dejó porque "no podía procesar su travestismo", según la excelente biografía de Rudolph Grey, *Nightmare of Ecstasy: The Life and Art of Edward D. Wood, Jr.* Su carrera cinematográfica apenas sí había despegado.

Ed y Kathleen O'Hara, recién llegada de Vancouver, Canadá, se habían pasado de mano en mano el plato de limosnas en la iglesia

de Science of the Mind en el teatro Wiltern, en Hollywood, en tres ocasiones distintas durante misa, pero nunca se habían conocido formalmente, según me contó Kathy Wood años después. El encuentro finalmente tuvo lugar en un bar de la zona, al que Kathy y algunas amigas a veces iban los viernes por la noche después del trabajo. Su relación amorosa se extendió prácticamente sin interrupciones desde ese día de 1956 hasta la muerte de Ed en diciembre de 1978, provocada en parte por su alcoholismo. A través de incontables altibajos, de sueños casi hechos realidad y de decepciones devastadoras, Kathy se convirtió en una parte esencial de la vida de Wood.

Agobiados por las deudas y la falta de trabajo, ambos se mudaron de su casa a un departamento, y después a cualquier lugar que fueran capaces de conseguir, de donde inevitablemente también se veían obligados a irse cuando sus cheques rebotaban de nuevo. Durante la década del sesenta y comienzos de los setenta, la carrera cinematográfica de Wood fue, como mucho, esporádica, pero sí trabajó en algunos proyectos, a veces como guionista o dialoguista para A.C. Stephens, alias Stephen Apostolof, realizador de películas eróticas y del género *exploitation*. Apareció, ebrio y con el cuerpo hinchado, en un par de pornos viejas, la mayoría ya perdidas para siempre.

A comienzos de los sesenta, Wood inició una larga y prolífica carrera como escritor para intentar ganarse la vida. Creó a un sicario travesti llamado "Glen Marker" que se transformaba en "Glenda", y que apareció en dos de sus primeras novelas, *Black Lace Drag*, también conocida como *Killer in Drag*, y una especie de secuela: *Let Me Die in Drag*. Otros de sus libros son *Orgy of the Dead* (título que Ed reciclaría para una de sus últimas películas), *Dead Girls*, *Sexecutives*, *Security Risk*, *Mary-Go-Round*, *Carnival Piece*, *The Fall of the Balcony Usher* (que nunca tuve en mis manos, pero cuyo título ME ENCANTA) y muchos más. Algunos trataban de lo oculto y el Viejo Oeste, pero en general eran sobre sexo, y se vendían comúnmente en librerías para adultos o por correo. Aunque resulte difícil de creer, Ed también ayudó a escribir y producir films industriales para Autonetics,

una división de la North American Aviation. La empresa trabajaba en proyectos de la Fuerza Aérea, y en consecuencia Ed y Kathy tuvieron que someterse a un chequeo de seguridad previo. Que hayan admitido a Wood constituye de por sí un pequeño milagro, considerando sus antecedentes de travestismo. También ayudó a escribir los discursos de la campaña de reelección del alcalde de Los Ángeles, Sam Yorty (un demócrata que en aquel entonces apoyaba a Nixon y que más tarde se pasaría al Partido Republicano).

Mientras las vidas de Ed y Kathy Wood comenzaban a descontrolarse por la bebida, las presiones por pagar el alquiler, etc., etc., Ed consiguió trabajo a fines de los sesenta en la editorial de Bloom, Pendulum Publishing, especializada en revistas eróticas. Con una gran velocidad para tipear y de imaginación fértil, Wood produjo una enorme cantidad de artículos, relatos breves y textos para acompañar las imágenes de las revistas, sobre todo entre 1970 y 1974. Ese es el período en el que fueron escritos casi todos los cuentos de este libro. Ed se llevaba un termo lleno de vodka al trabajo y al final del día quedaba borrachísimo. Bernie lo despidió y recontrató en numerosas ocasiones, hasta que Ed simplemente se volvió demasiado inestable y Bernie lo despidió de manera definitiva.

Alrededor de 1976, la pareja se mudó al número 6383 de Yucca Street, en Hollywood, un edificio conocido por albergar traficantes, prostitutas y gente que había caído en lo más bajo del sueño hollywoodense. Ed solía empeñar su máquina de escribir para comprar alcohol en la licorería Pla-Boy, que le quedaba a una calle (el local sigue abierto hoy en día). La mañana del domingo 3 de diciembre de 1978, Ed y Kathy fueron desalojados de su sórdido y derruido departamento, y todas las pertenencias que no habían guardado en un depósito en North Hollywood (depósito cuyo contenido más tarde se subastaría por falta de pago) fueron arrojadas a la acera. Todo lo que pudieron recoger y llevar consigo entraba en una valijita de cuero, en la que también terminó uno de los guiones cinematográficos de Wood que él nunca llegaría a rodar, *I Woke Up Early the Day I Died*, y el borrador de su

manual para alcanzar el éxito en Hollywood, *Hollywood Rat Race* (publicado en 1988 por Four Walls Eight Windows). Su amigo y muy ocasional actor, Peter Coe, los acogió en su departamentito de North Hollywood. El plan era enviar a Ed al Hospital para Veteranos, donde recibiría atención médica. El alcoholismo y la desnutrición lo estaban matando de a poco.

La mañana del domingo 10 de diciembre de 1978, una semana después del desalojo, Ed Wood falleció de un ataque cardíaco. Kathy me contó que tenía los ojos abiertos y "parecía haberle visto la cara a la mismísima Muerte". El cuerpo fue cremado y las cenizas esparcidas en el mar. Solo unos pocos amigos asistieron al velatorio y al sepelio, que se celebraron poco después.

La prolífica pero malograda vida de Wood tuvo un triste final: ni siquiera mencionaron su fallecimiento en *Daily Variety*. A tal punto lo habían olvidado en Hollywood. Tenía solo cincuenta y cuatro años. ¿Pero acaso termina aquí su historia? Claro que no.

Luego de su muerte, Kathy tuvo que lidiar con la Administración de Veteranos para tramitar su pensión por viudez. Le llevó algún tiempo, pero la consiguió. Kathy había trabajado como secretaria personal durante sus primeros años en Hollywood, tanto en la Bechtel Corporation como en Muzak. Unos meses después de que Ed falleciera, consiguió un empleo de medio tiempo, y con uno de sus perros ("McGinty") encontró un monoambiente barato, casi directamente detrás del viejo edificio de Yucca Street, al que se mudó a principios de 1980. Su vida estaba a punto de cambiar.

Ese mismo año, Harry y Michael Medved escribieron la secuela de su libro *The Fifty Worst Films of All Time* (que sorprendentemente NO incluye ninguno de los films de Wood), titulado *The Golden Turkey Awards*, obra que cambió para siempre la imagen que el público tenía de Ed Wood. Allí le otorgaron el premio de "Peor director" de todos los tiempos, y el de "Peor película" a *Plan 9 del espacio exterior*. Poco después de editarse el libro, los campus universitarios y los cines artísticos comenzaron a proyectar las pocas copias de los films de Wood que se podían encontrar.

La cantidad de devotos fue en aumento, y Ed Wood se transformó en un héroe de culto hecho y derecho. Debido a la repercusión de los "premios" de los hermanos Medved, Kathy Wood empezó a recibir llamadas y cartas de fanáticos del cine de culto, algún que otro documentalista, y del autor Rudolph Grey, que estaba escribiendo una biografía oral de Ed.

Kathy era una persona muy reservada, y no terminaba de entender la creciente fascinación por la filmografía de Wood y la revaloración crítica de sus películas y textos. Más tarde me dijo que a Ed le habría encantado toda aquella atención, pero era demasiado tarde. Yo me había mudado de Seattle a Hollywood en marzo de 1989 para trabajar en la radio, no al aire, sino en la parte de producción. Me instalé en el mismo edificio en el que vivía Kathy Wood sin saber quién era. Cada tanto la veía paseando su perro frente al edificio, y la saludaba o la acompañaba a pie de camino al trabajo hasta Hollywood Boulevard, donde ella se tomaba el ómnibus para ir de compras.

A mediados de 1992, se proyectó una serie de films de *exploitation* en un cine local venido a menos, en la parte más pobre de Hollywood. El cine le dedicó un fin de semana a Ed Wood: mostraron muchas de sus películas, comerciales y cortos, además de un documental de la BBC llamado *The Incredible Strange Film Show*, con Jonathan Ross como presentador, que se había grabado y emitido originalmente en 1989. Lo vi con un par de amigos, entre ellos una chica que tocaba en una banda de rock local y su novio, que trabajaba en la industria del cine. El documental incluía un par de segmentos cortos en los que entrevistaban a Kathy. Al verla pensé que se parecía mucho a mi vecina. Cuando regresé esa noche a casa, miré las casillas de correo y ahí lo vi: "K. Wood". Era ella. Unas dos semanas después, me la encontré en el hall de entrada y le pregunté si era, en efecto, la viuda de Ed Wood. Se puso un poco nerviosa, pero me respondió que sí, y agregó: "¿A qué se debe la pregunta?". Le expliqué lo del cine, donde también se habían organizado varios paneles de discusión con personas que habían conocido a Ed o trabajado con él, como Vampira, Stephen Apostolof, Forrest

Ackerman, Conrad Brooks, Paul Marco, Valda Hansen, Rudolph Grey y William C. Thompson, el director de fotografía daltónico de Wood (¿quién necesita ver bien los colores cuando todo lo que se filma está en blanco y negro?). Al poco tiempo me crucé con un amigo que también había asistido a la proyección, y que me preguntó si mi vecina realmente había resultado ser Kathy Wood. Le dije que sí, y me respondió que le habían comentado que Tim Burton planeaba hacer una película sobre Ed Wood, protagonizada por Johnny Depp. Al día siguiente visité a Kathy y la puse al tanto de las noticias: se mostró bastante escéptica. Sabía quiénes eran Tim Burton y Johnny Depp, pero no entendía por qué alguien querría hacer un film sobre su difunto marido.

Con su permiso, me puse en contacto con la gente que trabajaba para Tim Burton, y luego la ayudé a encontrar un abogado especializado en el área de entretenimiento para abordar los aspectos más complejos de la situación. El abogado la ayudó a negociar con el estudio cinematográfico y lidiar con su nueva fama. Gracias a la película, "Ed Wood" se convirtió en un nombre de peso en ciertos ambientes. Hoy por hoy, muchos de sus films han sido restaurados y se consiguen fácilmente. En YouTube, uno puede acceder a una enorme cantidad de material que hasta hace poco se creía perdido, como películas, programas de televisión y comerciales, amén de algunos documentales propiciados por el redescubrimiento de Wood y por el film de Johnny Depp.

Me hice amigo de Kathy, y empecé a acompañarla a hacer las compras todas las semanas, a llevarla cada tanto a sus consultas médicas, y a llamarla casi todos los días, salvo cuando yo no estaba en el país. Falleció a mediados de 2006; la enterraron en el Hollywood Forever Cemetery. En su placa conmemorativa se lee: "She Hitched Her Wagon to a Star",* algo que, según Kathy, su

* Literalmente, "Ella enganchó su carro a una estrella", alusión a la expresión *to hitch your wagon to a star*, equivalente en castellano a "apuntar siempre a lo más alto". [N. del T.]

padre siempre le decía de niña, y que describía lo que sentía del amor y la vida que había compartido con Edward D. Wood, Jr.

Del 2 de noviembre al 4 de diciembre de 2011, la galería de arte Boo-Hooray en el sur de Manhattan organizó una exhibición titulada "Los sórdidos libros de Ed Wood", curada por Johan Kugelberg y Michael P. Daley, que reunía aproximadamente setenta publicaciones, libros y cuentos atribuidos a Ed Wood. Tuve la suerte de que me invitaran a hablar de mi amistad con Kathy. Fue algo asombroso e impresionante ver que tomaran tan en serio la obra de Wood, y cuando el evento llegó a su fin, todo el material fue donado a la colección de manuscritos y obras raras de la biblioteca de la Universidad de Cornell, donde pasó a formar parte de su "Archivo de sexualidad humana". En 2009, el historiador de cine Rob Craig publicó *Ed Wood, Mad Genius: A Critical Study of The Films*, un detallado estudio académico de la filmografía de Ed. En otras palabras, al fin se le ha dado a Wood un lugar en la historia del cine del siglo XX. Pueden insertar aquí la cita de Criswell que más les guste.

Empecé a coleccionar los escritos de Ed Wood después de la muerte de Kathy, en el 2006, cuando me legó algunos ejemplares de la biblioteca personal de Ed, en su gran mayoría autografiados. También tengo una copia de un currículum que él redactó alrededor de 1974, con el que pude verificar que todos estos títulos habían sido efectivamente escritos por Edward D. Wood, Jr. Sus textos no abundan: se reeditaron muy pocos, e incluso esas reediciones están agotadas ahora. Es un gran placer para mí volver a poner en circulación parte de su obra para sus fanáticos de ayer y hoy. Este es un libro que debería haberse publicado hace mucho tiempo, y espero que salde más de una deuda. Sé que, de seguir entre nosotros, Kathy estaría muy orgullosa de su "Eddie".

BOB BLACKBURN
Julio de 2014
Hollywood, California

PISTA LIBRE
(1971)

La misión había sido tan exitosa como la mayoría de las que había llevado a cabo durante los últimos seis meses. Se había acercado al blanco con rapidez, junto con varios otros aviones de su escuadrón… los que seguían en el aire. El fuego antiaéreo, si bien provenía de artillería ligera, había sido tremendo, pero gracias a la velocidad de sus jets fueron capaces de dejar atrás la mayor parte de las descargas y los proyectiles antes de que estos los alcanzaran. Además, volaban a tan poca altura que solo las armas de muy bajo calibre podían significar algún peligro considerable.

Pero la misión había llegado a su fin, y de regreso en el portaaviones habría whisky escocés de sobra en el salón de recreo. Comenzó a pensar en eso con una obstinación inusitada, a medida que el pequeño punto en el horizonte se iba transformando en el enorme buque de guerra… su hogar lejos del hogar. Se humedeció los labios, como si pudiera saborear ese néctar de los dioses incluso antes de servírselo. En primer lugar, era extraño que se le cruzara por la mente algo así. Desde hacía años que tomaba bourbon, e incluso odiaba el sabor del whisky escocés. Hasta lo había hecho

vomitar en su juventud. Pero de repente era el único trago que se le apetecía, aunque él tampoco era de beber mucho. Sin embargo, cuando le entraban ganas de tomarse algo, el whisky escocés era lo único que le venía a la cabeza últimamente, quizá porque otras personas le habían comentado que era una bebida para gente rica.

La idea le gustaba. Ser rico. Helen siempre quiso que lo fuera. Era uno de esos temas que por una u otra razón salían a colación todos los días… todos los días, en la casita de Trenton que ambos llamaban hogar. Una vivienda pequeña y encantadora de dos habitaciones, ubicada en los suburbios, lejos del ruido y el ajetreo de la vida en la ciudad.

El portaaviones, en cambio, cada vez más cerca, más grande, no era ninguna casita. En unos instantes parecería tan enorme como la ciudad entera de Trenton, y quizá lo fuera. También podía ver al resto de su escuadrón volando en círculos alrededor del buque. Pero la maniobra no tenía nada de raro. Los jets debían volar en círculos mientras esperaban su turno y las instrucciones de aterrizaje.

Faltaba muy poco para bajar del avión, y entonces estaría a solo unos pasos de la sala de recreos… Incluso iría ahí antes de darse una buena ducha caliente. Primero un largo trago de whisky escocés frío, después la ducha, y después otra vez la sala de recreos, donde bebería un par de tragos más antes de la cena. Hoy servían su plato favorito… carne con papas y salsa espesa. De nuevo, se le hacía agua la boca de solo pensarlo. No faltaba casi nada. Ya no dispararía más balas ni cohetes por hoy. Le quedaban veinticuatro horas hasta la siguiente jornada de trabajo.

Sobrevoló el portaaviones para ubicarse en posición, sumido en sus pensamientos. Estaba realizando la maniobra casi de forma automática, hasta que le ordenaron por la radio que siguiera volando en círculos, y eso lo llevó a mirar hacia abajo. De hecho, ya estaba mirando en esa dirección desde antes, pero sin registrar verdaderamente la escena. La orden lo hizo enfocar la vista en uno de los jets, que yacía destrozado en la pista de aterrizaje.

A los otros aviones también les indicaron que no tenían pista libre, justo cuando se disponían a aterrizar. Las dos o tres aeronaves que ya estaban avanzando directamente hacia la cubierta se vieron obligadas a virar de forma brusca, una hacia la izquierda y la otra hacia la derecha, antes de recobrar altitud y ponerse de nuevo a volar en círculos.

"Bueno, ¿qué demonios pasa?", se preguntó Larry Easton en silencio. "Si el avión está destruido, lo único que tienen que hacer es tirarlo por la borda. Es lo que hacen con todos los jets que quedan así."

Pero esa no parecía ser su intención, aunque sí había un equipo numeroso de técnicos trabajando frenéticamente alrededor del fuselaje.

–Vamos a tener que hacerlos esperar ahí arriba un tiempo –se oyó de repente por la radio–. El avión se fundió y quedó pegado a la pista y las líneas de aterrizaje. Hay que cortar el metal con soplete para sacarlo.

Larry echó un vistazo a su medidor de combustible. Tenía suficiente para un rato… o un ratito. Pero también era cierto que nunca tardaban mucho en quitar las aeronaves accidentadas de la cubierta. Se preguntó quién sería el piloto… no podía ver bien el avión a tanta distancia.

–Les daremos pista ni bien podamos –informó la voz. Luego la radio volvió a enmudecer.

Larry suspiró y se pasó la lengua por los labios. El sabor a whisky había desaparecido. Volvería cuando estuviera a punto de aterrizar. Su vida como piloto de la Marina estaba llena de inconvenientes como este, todos los santos días. No era nada del otro mundo. Larry se arrellanó en el asiento y empezó a volar trazando círculos más amplios alrededor del buque. Era una maniobra que formaba parte del procedimiento estándar en este tipo de situaciones.

Después, ya más cómodo, empezó a soñar despierto con Helen. Hacía mucho tiempo que no le pasaba. Uno se imagina

que soñar despierto debía ser algo usual en estos vuelos largos, pero el piloto nunca pensaba en nada que no fuera alcanzar el objetivo, destruirlo y regresar sano y salvo al portaaviones. Sin embargo, cuando había que esperar en el aire, no quedaba otra cosa para hacer. Eran momentos de gran soledad. Solo se podía esperar y confiar en que el jet tuviera combustible suficiente… De lo contrario, el viaje terminaría con un chapuzón frío en el océano.

–Podrías ser un hombre muy rico –le había insistido Helen.

Detestaba esa parte de la vida de casado… las constantes quejas sobre lo rico que podría ser. ¿Para qué demonios quería ser rico? Tenía todo lo que creía necesario. Tenía un televisor a color en la sala de estar, y otro en blanco y negro en su habitación, y ya había pagado los dos. Además del enorme equipo estéreo con radio y fonógrafo. No habían terminado de pagar los muebles, ni la casa. Pero todo estaba como nuevo, y tenían una pequeña piscina en el patio de atrás. Y un coche cada uno. Ya habían pagado todas las cuotas del de Helen, pero a él le faltaba otro año para saldar el préstamo de la financiera. ¿Qué más podían pedir?

De cualquier modo, aunque ella nunca paraba de quejarse, él casi siempre se lo dejaba pasar. Helen era una rubia hermosa, con una figura despampanante y un cuerpo que lo volvía loco con el mero roce de su piel.

–Mi idea siempre fue que renunciaras a la Marina y te reintegraras a la vida de civil, donde podrías sacarle provecho a tu mente. Podrías ser uno de los hombres mejor pagos en el sector aeronáutico. Naciste para planificar, no para pelear. ¿Qué sentido tiene arriesgarse tanto en los vuelos de combate? Tu intelecto merece que lo pongas a trabajar en un tablero de diseño, no que te juegues la cabeza ahí arriba. Podrías mejorar la seguridad de los aviones, o cualquier otra cosa que fuera necesaria.

Larry no entendía cómo ella era capaz de tener relaciones con él, relaciones carnales y apasionadas, y después, al salir de la ducha, secarse, perfumarse y ponerse su camisón rosa transparente, empezar a insistir de repente otra vez en que renunciara a la Marina.

–Se me cerrarían los ojos de aburrimiento sentado frente a un tablero de diseño.

–Te vas a morir volando.

–Si así tiene que ser, entonces ese será mi destino.

–Pero, ¡qué destino ni qué ocho cuartos! Uno crea su propio destino en este mundo. Uno no puede quedarse parado esperando que le pasen cosas. En este mundo sobrevive el más fuerte. Además, ¿qué vas a hacer cuando seas demasiado viejo para volar?

–Falta mucho para eso.

–Apuesto que mi padre dijo lo mismo cuando tenía tu edad. Y luego un día se dio vuelta en la cama, se despertó y descubrió que ya era un viejo con un infarto.

–Tengo trabajo asegurado en la Marina durante veinticinco años más, por lo menos.

–¿Y cuánto podemos ahorrar con tu sueldo?

–Uno de estos días me van a dar un aumento.

–Un aumento… ¿De cuánto…? ¿Diez dólares? Podrías estar ganando diez dólares por segundo si no estuvieras en el Ejército. ¿Te das cuenta de que en cinco años podrías ganar lo suficiente como para jubilarte y hacer lo que quieras durante el resto de tu vida?

–Estoy haciendo lo que quiero.

–Qué terco… Qué cabeza dura.

Después recordó tiempos mejores. Como esas pocas horas que pasaban juntos por las noches, antes de que se terminara su licencia. Ella solía seducirlo poniéndose un camisón cortito, negro y transparente, ribeteado con plumas de marabú. Con eso lo volvía loco, y él se abandonaba entonces a sus impulsos más salvajes. A ella le gustaba así. Siempre empezaban con largas y tiernas preliminares, pero cuando llegaba el momento de la verdad eran muy bruscos en la cama. De hecho, cuando terminaban tenían que reacomodar por completo las sábanas y las almohadas antes de poder irse a dormir.

Pero cuando él estaba de licencia, no les quedaba mucho tiempo por las noches para descansar, si es que descansaban. Los

absorbía totalmente el sexo, sexo que disfrutaban aún más gracias al amor que sentían el uno por el otro.

Larry encendió la radio y, después de los prolegómenos de rigor, dijo en un tono seco:

–Mejor que empiecen a pensar cómo vamos a aterrizar, muchachos. Ya no nos queda mucho combustible. Dentro de poco van a tener varios aviones en el agua.

–Está muy complicado aquí abajo. Aguanten.

–Bueno, entonces mejor que nos manden algo de agua de mar para poner en el tanque. En cualquier caso, agua de mar no nos va a faltar si no aterrizamos.

–El pánico es para los pájaros en las turbinas.

–¿Se supone que tengo que reírme?

Larry apagó la radio y se puso a volar en grandes círculos de nuevo.

No le molestaba tener que nadar, pero antes de meterse al agua iba a chocar contra la superficie a una velocidad pasmosa. Esa parte no le gustaba demasiado. "Qué reflexión más profunda", pensó, mientras ladeaba el avión y su ala izquierda volvía a inclinarse hacia abajo, apuntando al mar.

–Maldita sea, Helen –le había dicho–. Ya pensé en renunciar. Lo pensé muchas veces. Sobre todo cuando estaba en el campo de adiestramiento. No nací para ser profesor. No nací para enseñarle a todos esos muchachitos cómo funciona el tablero… o la cabina… Soy un hombre de acción. Nunca fui otra cosa. No podría quedarme sentado frente a un tablero de diseño. Ya perdí la cuenta de las veces que he pensado en renunciar y hacer lo que siempre quisiste.

"Ahí arriba siento que soy el que controla el mundo entero. Es como si estuviera sobrevolando mi propio universo en miniatura, que se comporta exactamente como deseo. Aquí abajo, soy uno más del rebaño. Y no uso la palabra 'rebaño' porque sí. En tierra firme te llevan de aquí para allá, como si fueras una oveja. Ahí arriba es distinto. Uno es libre como los pájaros. Y a

veces, cuando tengo que jalar del gatillo y siento la presión que ejerce cada uno de los proyectiles al dispararse, proyectiles que, como sé muy bien, son los mensajeros de la muerte… Bueno, quizá eso también me haga sentir como un Dios. No quiero decir que esté jugando a ser Dios, o que quiera serlo. Pero en ese momento me siento amo y señor de todo, y tengo siempre la última palabra… Haga lo que haga en esa pequeña isla voladora que piloteo, es decisión mía, y no tengo que responder ante nadie por mis acciones.

"Es posible que parezca extraño elegir una vida así. Pero es una elección que hice hace años, cuando era niño y me gustaba balancearme de las sogas y pasar de árbol en árbol, hamacándome por encima del viejo pozo de agua donde nadábamos, hasta que ya no había sogas de las que agarrarse, y me dejaba caer a la parte más profunda. Era una aventura. Y lo que hago ahora es una aventura también. Nunca sé qué va a suceder cada vez que despego, y eso me provoca una emoción muy rara. Me gusta tratar de adivinar lo que me depara el futuro… incluso cuando el vuelo es complicado y peligroso. Lo último que quiero en el mundo es que sufras, Helen. Pero en tierra firme no le sería de utilidad a nadie. No falta tanto para que me instale definitivamente en tierra firme, de cualquier forma… en mi propio funeral."

Larry volvió a mirar el agua mientras ladeaba el avión para girar de nuevo. No quería pensar en la palabra "funeral" en ese momento. Era una posibilidad demasiado cercana. Desde hacía veinte minutos que oía, a través del zumbido de la radio, cómo los demás miembros de su escuadrón informaban cuánto combustible les quedaba y cuáles eran sus posibilidades… o imposibilidades, según el caso. Y el operador de radio no paraba de hablar, ni de hacer chistes estúpidos o juegos de palabras para levantarles el ánimo… pero lo único que lograba era recordarles continuamente que no los dejaba aterrizar.

Pero él tampoco tenía la culpa. El avión seguía adherido a la pista de aterrizaje. Los otros jets no podían jugar a la rayuela y

saltar por encima del "casillero" del accidente… aunque tal vez terminaran jugando a las escondidas en el fondo del mar.

–A veces pienso que te gusta más irte a volar a cualquier lado que quedarte conmigo.

Helen estaba atravesando otra de sus depresiones.

–Para nada. Si pudiera llevarte conmigo, lo haría. Alguien tiene que ir, y alguien tiene que quedarse. En nuestro caso, como mujer, te toca quedarte.

–Y preocuparme.

–No creas que no me preocupo también. Pero supongo que así es como funciona el asunto.

–Pero me preocupo tanto…

Esto se lo dijo la última vez que estuvieron juntos, la noche que él había partido para volar en esta misión. Helen tenía puesto ese camisón corto y rosado tan sexy… Y él se había dado vuelta en la cama para estrecharla entre sus fornidos brazos.

–Lo sé. Y supongo que no hay nada que pueda hacer para que dejes de preocuparte. Desde que el mundo es mundo, las esposas de los soldados siempre han sido las que más razones tienen para preocuparse. Es una pena que sea así. Uno pensaría que, con toda la tecnología moderna a nuestro alcance, a alguien se le habría ocurrido inventar algo para que las mujeres no se preocupen tanto por sus maridos. Pero, por extraño que parezca… y tomando en cuenta todas las guerras… la mayoría de nosotros regresa.

–Tengamos un bebé, Larry –le dijo, rodeándole la parte inferior del cuerpo con las piernas.

Esas palabras tomaron al apuesto piloto por sorpresa. Ella había evitado deliberadamente tener hijos durante los nueve años que había durado su matrimonio.

–¿Estás segura? ¿Va en serio esta vez?

Ella apretó sus muslos con más fuerza todavía, sintiendo la rigidez que iba creciendo en la entrepierna de su marido.

–Nunca hablé tan en serio en mi vida. A este le vamos a dar

pista libre. Si te pasa algo… y Dios no lo quiera… voy a tener algo tuyo. Y te prometo una cosa…

–Que no será piloto.

–No, no es eso. Supongo que en realidad te amo tal cual te conocí, y no te cambiaría por nada. Y criaría a nuestro hijo para que fuera igualito a su padre… para que tuviera una mente decidida como la tuya. Si te gusta volar esos malditos aviones… bueno, no te voy a impedir que vayas. Pero ¿no podrías dejarlos estacionados afuera antes de entrar a casa, querido?

–Solo si no sigues molestándome con esa idea ridícula de cambiarlos por un escritorio –le dijo con una sonrisa, mientras le bajaba la ropa interior, con aquellos volados que le hacían juego con el camisón rosa.

–Supongo que en el fondo siempre supe que no le ibas a dar pista libre a un trabajo de oficina.

Larry miró hacia abajo, hacia la cubierta del portaaviones. Al parecer, por fin habían despegado la aeronave de donde fuera que se había adherido. Pero no cabía duda de que en ese lugar había quedado un agujero importante, justo en el medio de la cubierta. Se oyó el chapuzón en el agua cuando tiraron por la borda los restos del avión.

–Regresen a casa, muchachos –dijo el operador de radio–. Pero tengan cuidado con el agujero en la cubierta de popa. Puede que terminen en la sala de recreos sin salir del avión.

El chiste era bueno. Larry no pudo evitar sonreír al escucharlo. Lo único que pedía ahora era que arreglaran el buque antes de que se desatara otra tormenta. Odiaba cuando le aguaban demasiado el whisky escocés.

Les dieron pista libre y los aviones aterrizaron en orden, avanzando luego directamente hacia la cubierta.

El agujero no representaba ningún peligro considerable para ellos. Todos habían esquivado demasiados agujeros a lo largo de los años.

CALAMITY JANE AMA A HOSENOSE KATE AMA A CATTLE ANNE (1971)

Cuando se trata de vaqueras lesbianas,
es difícil llevar la cuenta de quién se encama con quién…

Por las calles del oeste flotaba todavía en el aire la estela de polvo que había levantado la patrulla, cuando salió a toda prisa en busca del hombre que le había disparado a Wild Bill Hickok. Era la primera vez que Wild Bill se sentaba a jugar al póker de espaldas a una puerta, y sería la única que alguien desenfundara más rápido que él. Sería la única vez, además, que Calamity Jane besara al rudo oficial de la frontera.

Calamity Jane se puso de pie, apartándose del cuerpo, y miró al resto de los presentes en el salón. Entrecerró los ojos, con las manos apoyadas en las culatas de sus muy usadas pistolas.

–¿Alguna objeción? ¿Alguien tiene algo que objetar a lo que acabo de hacer? Besé al hombre que amaba. Y no voy a estar con ningún otro hombre tampoco, nunca más en mi vida.

Ni las bailarinas, ni los apostadores, ni los habitués que estaban reunidos en el bar dijeron una sola palabra. Calamity se tomó su tiempo para examinar la cara de cada uno de los presentes. Incluso deseó que alguno intentara detenerla. Quería desenfundar y matar a alguien… a quien fuera… En ese momento, le daba

igual la sangre de quién podría llegar a derramar. Porque Wild Bill estaba muerto, y había sido el único hombre al que ella había amado y al que amaría en su vida, aunque él nunca hubiera correspondido del todo sus sentimientos.

Dio media vuelta y salió del salón rápidamente, y entre el polvo que el viento arremolinaba en la calle se topó de costado con el encargado de la funeraria, vestido con su acostumbrado sombrero de copa y su tapado negro. Habría apurado el paso y seguido de largo sin siquiera mirarla, de no ser porque ella lo tomó del brazo, lo detuvo y lo obligó a girar para enfrentarla. Sus ojos se fijaron en la cinta métrica que llevaba en la mano.

–Mejor que le dejes las botas puestas. Y que te asegures de que no quede apretado en el cajón. Y si se te ocurre ahorrar costos y usar esa madera agusanada tuya, vas a terminar enterrado en una bolsa de papel junto a su tumba.

El hombrecito temblaba de miedo. Sabía que esta mujer, a la que él veía siempre conduciendo carruajes, bebiendo hasta por los codos, blasfemando y esgrimiendo sus pistolas, hablaba absolutamente en serio.

–Me extraña, Calamity… nos conocemos.

–Por eso mismo te lo digo, Zeke. Que no se te olvide.

Calamity lo soltó, al tiempo que le quitaba el sombrero de un golpe. Este rodó por el camino polvoriento, hasta que se detuvo y quedó girando sobre sí mismo en el suelo. Cuando el hombrecito se inclinó para recogerlo, Calamity le pegó una patada en el culo con el costado de la bota. El tipo terminó tendido en el suelo junto al sombrero de copa, y Calamity siguió caminando rumbo a otro de los muchos bares del pueblo, LA GRAN TORTILLERA. El local tenía muy mala reputación y estaba en manos de la traficante más artera de todo Colinas Negras, una marimacho enorme y robusta llamada Hosenose Kate. “Robusta” es una palabra demasiado generosa para describir a esta mujer. Pesaba con facilidad más de ciento veinte kilos. Tenía el pelo furiosamente rojo y una nariz hinchadísima e igual de roja, a causa de los miles

de puñetazos que había recibido… y también, al parecer, de los litros de alcohol que consumía diariamente.

Se decía que Hosenose Kate nunca dejaba el sillón tapizado y acolchado en el que se sentaba detrás de su mesa de póker. Apostaba, bebía, comía y dormía ahí. Y cuando se le antojaba alguna de las chicas, que no eran pocas, simplemente tapaba el sillón con un biombo enorme, y la elegida se ponía a gatas bajo la mesa y subía por debajo de la falda de la gorda. Hosenose Kate nunca usaba ropa interior de ningún tipo.

–Dicen que esta vez le dieron –fue todo lo que dijo a modo de saludo a Calamity Jane cuando esta se sentó a la mesa en una incómoda silla de madera y se sirvió un trago triple, antes de bebérselo de un sorbo–. No va a ser lo mismo sin él, sin su bocota, sin verlo por ahí repartiendo cachetadas a medio mundo.

Calamity Jane no dijo nada. Simplemente se sirvió otro trago doble y se lo arrojó a la cara a la gorda. Luego se sirvió otro, se lo bajó y llenó el vaso de nuevo.

La gorda se lamió el alcohol de la cara, estirando lo más posible la lengua en todas direcciones. El resto se lo limpió con el pliegue del brazo, que también lamió después.

–Pero, ¿en qué carajo estás pensando, mujer? No seguirás enamorada de él, ¿no? Si nunca fue ningún secreto que no te quería. Ni un poquito, eh.

Otro whisky barato le empapó el rostro. Hosenose Kate se limpió del mismo modo que antes y agregó:

–Ok. Quizá lo amabas, a tu manera. Pero no hay duda de que el tipo sopló sus buenas flautas de carne cuando era joven.

Calamity se sirvió otro trago, y casi se lo vuelve a tirar encima. Le gustaba ver cómo el líquido ámbar le goteaba de la punta de esa nariz tremenda al escote donde asomaban las tetas descomunales y marchitas de la gorda. Pero se lo pensó mejor. ¿Para qué desperdiciar el alcohol, aunque fuera tan malo que ni un indio lo bebería?

–Pero carajo –farfulló–, no sé por qué mierda vengo a este antro. ¿De qué puede estar enterada una mujer así? Estás el día entero ahí

sentada, fumando cigarros negros gigantes, dejando que la ceniza te caiga entre las tetas y bebiendo whisky barato, sin despegar el culo del sillón. ¿Cómo mierda vas a saber qué pasa del otro lado de la puerta? No ves la calle desde que era un sendero de tierra.

–No salgo mucho últimamente, es cierto. Pero tengo un telégrafo que me informa de cualquier cosa interesante que pasa en el pueblo. Y no solo aquí, sino en todos lados. Por ejemplo, sé que Wyatt Earp y Doc Holliday andan juntos ahora. Esa sí que es una pareja que yo pagaría por ver en acción. Una vez los vi en un tiroteo. Pero me encantaría tenerlos adelante agarrándose las pistolas, te lo aseguro –dijo entre risas, sacudiendo la mesa entera con sus carcajadas roncas–. Creo que son los únicos dos hombres que me gustaría mirar haciéndolo… porque la verdad es que no me interesa nada lo que pueda tener un tipo en los pantalones, salvo la billetera –agregó, riendo de nuevo. Luego entrecerró los ojos–. Vas a necesitar a alguien que te haga compañía hoy, querida. ¿Te gustaría que llame a Carol, a Bárbara o a…? Bueno, ¿cuál te gusta? No te cobro nada. No esta noche.

Calamity Jane bebió un largo trago, pero sin terminarse el vaso.

–Lo voy a pensar.

–Son increíblemente suaves estas chicas.

–Quizá hoy no se me antoja nada suave. Quizá tenga ganas de algo tosco, brusco y rápido.

–Todas mis chicas son rápidas.

–Claro… se adaptan enseguida a cualquier cosa… hombres, mujeres, lo que sea. Mientras no tengan problemas con el precio, tus chicas reciben con las piernas abiertas a cualquiera. No hay ni una que sea dura. Suaves… todas suaves… con una sola excepción… –dijo mirándola–. Y no te tocaría ni con un palo.

La gorda volvió a chillar de risa, y después se dio un par de palmadas en sus enormes rollos.

–Querida, necesitarías algo más largo que un palo para llegar a tocarme –bromeó. Después se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en la mesa–. ¿Te dijeron quién está viniendo de Texas?

–Sea quien sea, Bill le hubiera pegado un tiro. Nunca le gustaron los texanos.

–Esta persona, sí. Ya le gustó antes.

–Nunca le cayó bien en toda su vida un solo tipo salido de Texas.

–Pero le caía bien Cattle Anne.

Calamity Jane entrecerró los ojos por encima de su vaso.

–¿Esa puta va a venir por aquí?

Hosenose Kate asintió.

–Debería llegar en cualquier momento. Está arreando un rebaño enorme desde Texas ahora mismo. Más grande que cualquiera que haya traído antes. Y es una tipa dura, te apuesto lo que quieras. Es capaz de acostarse con todas mis chicas en una sola noche –dijo, y miró fijo a Calamity–. ¿Te interesa?

–¿Por qué dijiste que a Bill le gustaba?

–Porque es cierto.

–¿Y de dónde sacaste eso?

–¿Acaso no usaron la habitación número cuatro, en el primer piso? La que tiene llave. La habitación número cuatro, con llave, la que ustedes dos usaban siempre.

–Si me estás mintiendo, te voy a pegar un tiro justo entre esos dos ojos de chancho.

–¿Para qué le mentiría a una lesbiana preciosa como Calamity Jane, querida?

–Bill se encamó con ella, ¿eh?

–Un par de veces. Quizá cinco o seis, la última vez que vino al pueblo, el año pasado.

–Pensé que habías dicho que Cattle Anne se podía acostar con todas tus chicas. No parecen muy varoniles, tus chicas, ni siquiera cuando se calzan un cinturón con consolador.

–Supongo que juega para los dos bandos. Pero te juro que no tengo una sola con la que no se haya encamado alguna vez.

–¿Bill se acostó con alguna?

–A Bill no le gustaba mucho la carne servida en bandeja. Le gustaba salir a cazar sus propias presas.

–Y Cattle Anne fue una de sus conquistas.

–Si con eso queremos decir que la cazó… Bueno, entonces sí. Y me imagino cómo la habrá conquistado. La conquistó ahí arriba, en la habitación número cuatro, encerrados con llave.

Calamity le tiró otro whisky triple a la cara, que la gorda volvió a limpiarse con la lengua.

–A ver, Calamity, ¿por qué me bañaste otra vez? Ni siquiera es sábado por la noche.

–Quizá te quería sacar de la cabeza las suciedades que se te estarán ocurriendo. Las dos estamos aquí sentadas, pensando guarradas de Bill, y el pobre tipo ni siquiera salió de la funeraria del tío Zeke. No deberíamos estar haciendo esto.

–Pero, querida, ¿por qué va a ser una suciedad que el tipo la metiera donde quisiese? Además, ya tenía sus años, probablemente se acostó con un montón de otras mujeres y de otros hombres. No estás en el pueblo todo el tiempo. Estás siempre en la pradera, conduciendo ese carro tuyo.

–Bueno, tengo que ganarme la vida.

–Una vida de hombre.

–Es lo que me gusta.

–Y si te gusta vivir una vida de hombre, lo que corresponde es que te acuestes con una mujer al volver al pueblo. No te conviene vivir como un hombre y acostarte con un hombre. Ya sabemos cómo les dicen a los hombres que hacen eso.

–¿Y cómo carajo te parece que le dicen a las mujeres que se acuestan con mujeres? ¿Qué hay de eso, eh?

–No es lo mismo. Si una mujer piensa como un hombre, entonces seguro tiene que ser como un hombre, y un hombre siempre necesita a una mujer. Y estabas pensando como mujer cuando te escandalizaste porque el muerto se había encamado con una mujer. Pero estás ahí sentada vestida como un hombre, fumando cigarros como un hombre… igual que yo. ¿Qué creías, que me gusta usar siempre el mismo vestido suelto? No, señor… Cuando pierda algo de panza, uno de estos días, lo primero que voy a hacer

será comprarme un par de pantalones de montar, una camisa, un sombrero grande y unas botas, y te apuesto que podré cabalgar como el mejor. De joven cabalgué mi buena cantidad de veces.

–Eso no lo dudo. Pero ahora tus chicas son las que cabalgan.

–No puedo hacer en la cama lo mismo que antes… Pero, ¿por qué no vas a buscar el biombo que está ahí? Te podrías poner en cuatro bajo la mesa y venir a buscar algo de la miel que tengo para darte…

–Te voy a tapar con el biombo y voy a mandarte al barman, eso es lo que voy a hacer.

–Vamos, Calamity, desde hace treinta años que no me acuesto con un hombre, y no voy a empezar ahora.

–Veamos si su lengua es tan rápida como la tuya.

–Ningún hombre puede hacer eso. ¡Ninguno! Si no se te antoja un poco de mi miel, querida, podrías traer el biombo y mandarme a Barbara. Es la nueva, muy linda, que traje hace poco de Kansas… la rubia bonita que está ahí.

Calamity se dio vuelta y examinó a las muchas jóvenes de la barra. Todas tenían puestos los vestidos cortos con plumas y adornos que usaban para bailar. Pero aun así no pudo evitar notar a la rubia que estaba en el otro extremo del bar. Se la veía joven, fresca, no como a las otras chicas, cansadas y hastiadas de tanto trabajar… Seis meses de sexo continuo en la pradera echaron a perder muy pronto lo que alguna vez fueron muchachas hermosas.

–Esa es la nueva, ¿eh? –dijo Calamity, mirando a la gorda de nuevo–. ¿Por qué no la vi antes? Soy la cochera del único carro que entra y sale del pueblo.

–El tren, linda, el tren… Pasa por aquí dos veces a la semana, ¿o no?

–Ah, es cierto. –Volvió a observar a la chica–. Supongo que me gustaría probar un poco de esa carne fresca.

–Puedo arreglar un encuentro ahora, si quisieras. Incluso te daría la habitación número cuatro, la que se cierra con llave.

Los ojos de Calamity se nublaron. Parecía a punto de llorar. Pero se contuvo.

–Quizá después. Primero tengo que arreglar cuentas.

–¿Con quién?

–Con esa puta de Cattle Anne. Robándose a Bill a mis espaldas, después de acostarse con todas las demás chicas… Ni siquiera merece que la entierren a su lado. Pero es preferible a dejar que esa lengua suelta vaya de un lado al otro diciendo estupideces. Nadie amaba a Bill como yo, y así va a quedar en la Historia.

–Calamity, entiendo cómo te sentirás, querida. Pero hay mejores maneras de acabar con una mujer que usando una pistola… sobre todo si hablamos de las de metal. Las pistolas son para los hombres, pero las mujeres podemos llegar mucho más lejos con la lengua.

–Con tu lengua no vas a poder convencerme de no matar a la puta esa, te lo aseguro.

–Entonces ya vas a tener tu oportunidad. Pero puede que tratar de acabar con ella no sea tan fácil. Puede que Cattle Anne quiera acabar con Calamity Jane también.

–Ese es un riesgo que vengo corriendo desde que tengo memoria, y voy a volver a correrlo ahora. Alguien va a acabar con alguien hoy.

–Ojalá te ocuparas de Bárbara en vez de Cattle Anne. Acabar con ella es mucho más fácil. Te lo garantizo.

–No sería lo mismo. Dijiste que Bill la conquistó. Bueno, yo voy a hacer lo mismo, carajo. Voy a acabar con ella como nunca acabé con nadie.

–Bueno, estás de suerte –dijo la gorda, apuntando hacia las puertas batientes en el otro extremo del salón, donde se encontraba Cattle Anne, una mujer increíblemente bella que llevaba pantalones de gamuza, botas y sombrero–. ¡Ahí está!

Y ahí estaba Cattle Anne, desafiante. Era una verdadera marimacho de pies a cabeza, salvo por la elegancia de su rostro. Tenía las manos apoyadas en las caderas cuando Calamity Jane se le acercó.

–Cattle Anne, ¿no?

–¿Quién pregunta?

–Soy Calamity Jane.

Cada una dejó las manos apoyadas en el juego de pistolas que rodeaba su cintura. Sus ojos se encontraron. Y todo indicio del odio que sentía la una por la otra de pronto pareció transformarse en algo distinto. Sus músculos faciales se crisparon. Les empezaron a temblar los labios. Se les humedecieron los ojos, y un río de lágrimas les corrió después por las mejillas. Se unieron en un abrazo desfalleciente.

–Vengo de enterarme… –sollozó Cattle Anne.

–¡Ay, pobre! Sé cómo te estarás sintiendo, porque yo pasé por lo mismo… Vayamos a verlo.

Y apoyándose la una en la otra, dejaron el salón. Hosenose Kate las observó salir con los ojos llorosos y un nudo en la garganta, y dijo sencillamente:

–Pero carajo…

ÍNDICE

7 Introducción, *por Bob Blackburn*
17 Nota a la traducción
21 La sangre se esparce rápidamente
29 No hay ateos en la tumba
41 Cómo matar una noche de sábado
49 Divorcio isleño
57 Mision(era) imposible
69 Pista libre
79 A grito pelado
91 Solo una pregunta
99 Escena íntima / Despegue
109 La estrella del sexo
119 Epitafio para el borracho del pueblo
127 El autógrafo
137 Superfruta

147 Flores para Flame LeMarr
157 Chica privada
167 Pechugas en bandeja
177 Ninguna tonta
187 La escena del crimen
197 Acabar en un hotel
207 El día que la momia regresó
215 Dos al rojo vivo
223 Dados
233 Calamity Jane ama a Hosenose Kate ama a Cattle Anne
243 Una plegaria para la lluvia
251 El prostíbulo del terror: una pizca de espanto
259 Telón final